

Mayo 19/30

Nuestros Músicos: José Domingo Bousquet y Puig

(1823-1875)

Por
Fernando G. Aday.

FUE un artista de "guante blanco". Gozando de una desahogada posición económica, libre de la azarosa lucha por la vida; vivió por el arte y para el arte, y ya en las postrimerías de su existencia la miseria, esa sempiterna compañera de la mayoría de los artistas, llegó con su cortejo de dolores, quizás más morales que físicos, soledad y abandono, y apoderándose del artista, apresuró su triste final. Como terrible y doloroso epílogo, un coche fúnebre condujo su cadáver al camposanto, solo, completamente solo, como había muerto...

De José Domingo Bousquet, dice Ramírez en su obra "La Habana Artística", que era uno de los artistas cubanos en quien más brillantemente se ha manifestado todo el encanto y poder del genio en su sencillo y natural estado tal como si hubiera querido demostrar que no necesitaba de un cultivo esmerado y asiduo, ni de revestirse con más galas que las propias, ni de robustecerse con otros recursos y auxilios que aquellos que la misma Naturaleza le ha prestado, para recoger maravillosos frutos, producir mágicos efectos, conquistar inmarcesibles triunfos y elevarse hasta el mismo pináculo de la gloria es, sin duda alguna, el violinista Don José Domingo Bousquet, raro conjunto de nobles, de bellas y caprichosas prendas, cuyo nombre, algo obscurecido hoy no dejará de figurar un día entre todos aquellos que más brillo y realce han dado en Cuba al noble arte de la Música."

BIOGRAFIA

Este genial violinista, hijo del médico francés José Domingo Bousquet, que perteneció al ejército napoleónico en Egipto, y de la señora Juana Puig Amigó, vino al mundo en la Habana, el 13 de agosto de 1823, y en esta misma ciudad falleció el 6 de abril de 1875.

La opinión de sus contemporáneos, entre éstos, el crítico musical Serafín Ramírez, está de acuerdo en afirmar que aquel violinista, a pesar de la falta de disciplina en sus estudios y de los caprichos de su carácter, fué un gran artista de verdadera intuición genial, un músico de temperamento y de corazón, que poseía el don de conmover y encantar con su violín, pleno de vibraciones sonoras y magnéticas al contacto de su arco y de sus dedos.

Con más o menos informalidad comenzó, en la niñez, el aprendizaje de su instrumento predilecto, bajo la dirección del venerable profesor Joaquín Gavira; continuó sus estudios musicales con el maestro Miguel Rappetti y, en 1842, a la edad de diez y nueve años, partió hacia París. Entonces, en los albores de su juventud, cuando también proyectó estudiar la carrera de abogado, era Bousquet gallardo, rico, dotado de bastante cultura general y sentía vibrar en su espíritu el genio artístico.

Al llegar a París, sufrió una decepción con motivo de haberle dicho el anciano maestro Baillot, después de oírle hacer una escala en el violín, "que él, (Bousquet) no sabía ni siquiera hacer una simple escala, y que si deseaba ser discípulo suyo, tenía que olvidar todo lo que había aprendido hasta entonces y empezar de nuevo sus estudios". Bousquet, consternado por aquel fallo tan absoluto y radical, rompió su violín y se entregó a los placeres de la vida mundana de París, como para curar su desencanto de artista; pero como lo era de temperamento y el arte era para él una verdadera e imperiosa necesidad, reaccionó contra aquella decepción y reanudó sus estudios, guiado por el insigne violinista belga Andrés Robberechts, a cuyo influjo pedagógico realizó grandes progresos en su técnica, depuró su estilo y su gusto y penetró más profundamente en el conocimiento del repertorio clásico. Además, aumentó su cultura merced a frecuentes viajes por casi toda Europa y por los Estados Unidos, y con todo

el caudal de sabias enseñanzas y de gratas impresiones adquirido en el extranjero, regresó a la Habana, donde de prodigio, en repetidas ocasiones las bellezas de su arte de violinista, especialmente en las reuniones musicales del pianista Manuel Saumell y del contrabajista y crítico Serafín Ramírez, quien, juzgando a Bousquet, dice: "Pero el misterio, el gran misterio de Bousquet, estaba en la interpretación de cuantas obras ejecutaba, muy en particular las del repertorio clásico. Nosotros, a lo menos nada superior hemos conocido, nada más perfecto; era realmente inimitable."

"... Aún tenemos en nuestro oído el tono finísimo de su "Guarnerius"; aún escuchamos su canto largo y patético en donde desplegaba un mundo de sentimiento, de expresión y poesía". El mismo Ramírez afirma "que Bousquet era violinista de arranques extraordinarios, violinista de inspiración de fuego... pero no un maestro de violín".

Abatido por algunos males, entre éstos la pérdida de su confortable posición pecuniaria y tal vez algún hábito vicioso destructor de su salud, arrastró una existencia muy triste en las postrimerías de su vida, alejado de la sociedad distinguida en que tanto había brillado y donde, cuando era rico, le habían rodeado tantos admiradores y muchos aduladores, de seguro. Así obscurecido y olvidado y abrumado quizás por cuántas pesadumbres, falleció el renombrado violinista, cuyo cadáver fué conducido al cementerio, el 7 de abril de 1875, en un humilde carro fúnebre sin más acompañamiento que el del conductor del mismo.

Mundo -
Mayo 19/30